

BENITO FRANCIA Y PONCE DE LEÓN, UN MÉDICO SINGULAR DE LA ARMADA

Manuel GRACIA RIVAS
Coronel Médico (R)

Entre los miembros del desaparecido Cuerpo de Sanidad de la Armada que, durante siglos, prestaron servicio a bordo de nuestros buques, hubo algunos personajes que compaginaron sus actividades sanitarias con otras de la más variada índole.

El elevado número de candidatos que concurrían a las oposiciones del Cuerpo, estimulados por el prestigio que entrañaba formar parte del mismo, y la cuidadosa selección de quienes llegaban a vestir su uniforme, hizo posible que muchos de sus miembros destacaran como catedráticos, científicos, artistas, escritores e, incluso, como políticos.

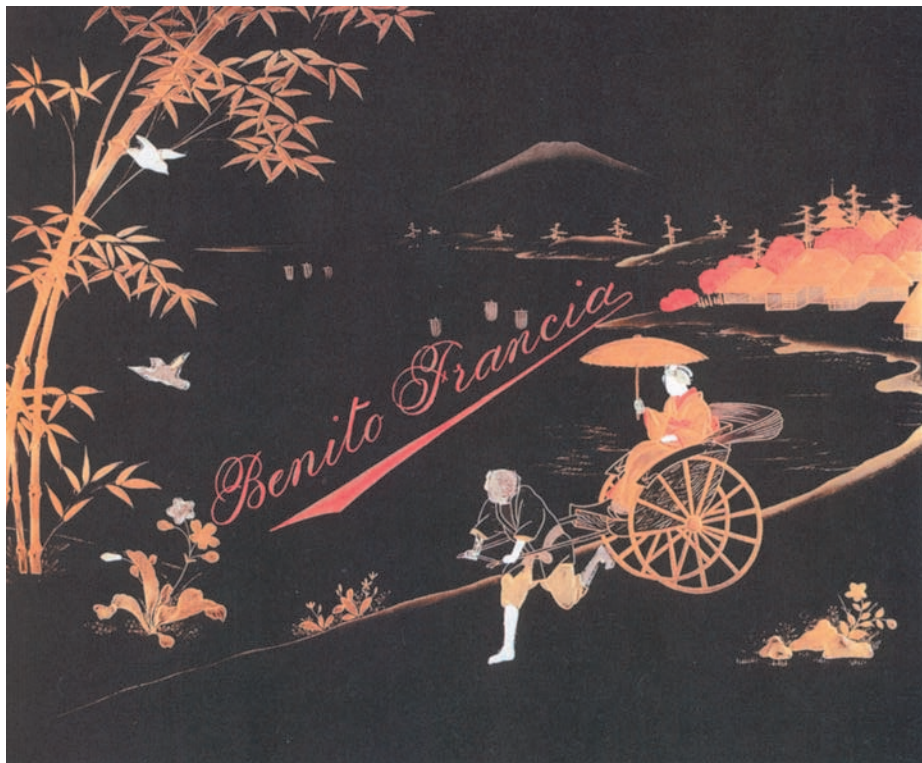
Entre todos ellos quiero dedicar un recuerdo a la figura de don Benito Francia y Ponce de León, con la que entré en contacto a través de Ángel Carrera Conde. Este había adquirido un magnífico álbum de fotografías sobre Japón, realizadas por Kusakabe Kimbei hacia 1880, en cuya cubierta, laqueada en negro y con incrustaciones de nácar y marfil, figura el nombre de «Benito Francia», al cual le fue regalado o, probablemente lo encargó, durante su estancia en Filipinas, debido a su interés por los temas orientales.

En colaboración con Marta Recalde, Ángel Carrera preparó una exposición en la que, bajo el lema «Shahin (copia de la verdad). Fotografía de Japón del siglo XIX. El álbum de Benito Francia», se mostró en diversos lugares esta excepcional colección fotográfica que también llegó a mostrarse en el Palacio de Sástago de Zaragoza, en 2004, de la que conservo el catálogo editado entonces (1), del que proceden las ilustraciones. Durante la preparación de la misma tuvimos ocasión de intercambiar información sobre el personaje, del que habían efectuado un minucioso seguimiento a través de diversos archivos nacionales. Con todo ello realicé paralelamente la reseña biográfica del ilustre médico de la Armada que ahora ve la luz.

Nacido en 1854 en la localidad riojana de Alberite, Benito Francia era hijo del médico de esa localidad, en cuya iglesia parroquial de San Martín fue bautizado el 14 de enero. Tras estudiar el bachillerato en Logroño, cursó con

(1) VV.AA.: *Shahin (copia de la verdad). Fotografía de Japón del siglo XIX. El álbum de Benito Francia. Catálogo de la Exposición celebrada en el Palacio de Sástago del 27 de febrero al 12 de abril de 2004*. Excma. Diputación Provincial de Zaragoza. Zaragoza, 2004.

aprovechamiento la carrera de Medicina en la Universidad Central, donde se licenció cuando acababa de cumplir los veinte años.



Nada más terminar sus estudios, presentó los documentos para concurrir a las oposiciones de ingreso al Cuerpo de Militar de Sanidad y al de Sanidad de la Armada. Las pruebas se celebraron de forma casi simultánea, por lo que decidió concentrarse en las segundas, que superó con la calificación de «sobresaliente», siendo nombrado segundo médico supernumerario de la Armada, con fecha de 6 de junio de 1874.

La corporación en la que acababa de ingresar Benito Francia era la heredera de aquel prestigioso Cuerpo de Cirujanos de la Real Armada, creado a comienzos del siglo XVIII en torno al Real Colegio de Cirugía de Cádiz, del que salieron una pléyade de profesionales que, en algunos casos, completaron su formación en las mejores universidades europeas de la época antes de prestar servicio a bordo de aquellas excelentes unidades botadas en los arsenales que el impulso ilustrado hizo surgir en los nuevos departamentos marítimos.

Las repercusiones que los combates de San Vicente y Trafalgar tuvieron en la Armada, junto con las consecuencias de aquellos años de abandono

impuestos por los trágicos acontecimientos que se vivieron durante la Guerra de la Independencia, sumieron al Real Colegio y al Cuerpo de Cirujanos en un proceso de degradación que alcanzó su máxima expresión cuando, por una real orden de 31 de octubre de 1831, se dispuso la completa separación y la total independencia entre el Colegio y el Cuerpo, despojando así a este de un centro indispensable para la formación de los hombres encargados del mantenimiento de la salud de las dotaciones de los buques. A partir de ese momento, las dificultades fueron enormes para lograr médicos que quisieran embarcar, a pesar de que se ensayaron distintas fórmulas con que dar respuesta a las necesidades de una Armada que comenzaba el camino de su recuperación.

La situación mejoró notablemente tras la reforma a la que fue sometido el cuerpo, al que se le dio el nombre de «Cuerpo de Sanidad de la Armada», y de una manera especial tras las medidas adoptadas en 1869 por el general Serrano, que le dotó de un reglamento orgánico y de una plantilla que fijaba en 159 el número de médicos que lo componían.

Volvió a resurgir la ilusión, el número de aspirantes creció sensiblemente, se crearon nuevas especialidades y se logró transmitir a los nuevos oficiales la necesidad de complementar sus labores asistenciales con una inquietud científica encaminada a la permanente actualización de sus conocimientos y a la incorporación de las más modernas tecnologías.

Se dotó a los hospitales navales de «bibliotecas especiales de consulta»; se creó el *Boletín de Sanidad Naval*, que fue el cauce de expresión de este movimiento de renovación del Cuerpo, y se estimuló la celebración de sesiones científicas en todos los hospitales, en las que eran presentadas las Memorias que, con carácter obligatorio y sobre los más diversos aspectos sanitarios, debían elaborar todos los miembros del Cuerpo. Estos trabajos que se conservan en el Archivo-Museo Don Álvaro de Bazán de El Viso del Marqués, constituyen un excelente testimonio de la labor realizada por aquellos médicos navales que integraban la corporación a la que acababa de incorporarse Benito Francia y Ponce de León.

Sus primeros destinos

Tras superar el período de formación, fue promovido al empleo de segundo médico, con fecha de 31 de marzo de 1875, y destinado al hospital de Ferrol, donde desempeñó diversas funciones hasta que, el 29 de agosto de ese mismo año, embarcó por vez primera. Lo hizo en la goleta *Buenaventura*, perteneciente a la Escuadrilla de Operaciones del Cantábrico.

Ante el recrudecimiento de la guerra carlista a comienzos de 1873, se había constituido esta agrupación naval al mando de don Victoriano Sánchez Barcáiztegui, que encontró gloriosa muerte frente a Motrico en mayo de 1875, poco antes de la llegada de Benito Francia.

Su embarque se produjo, por tanto, en un momento especialmente delicado, ya que la acción de Motrico no sólo había ocasionado la muerte del jefe de

escuadrilla, sino que había puesto en peligro a otras unidades; como el vapor *Ferrolano*, en el que iba embarcado el segundo médico don Enrique Cardona, quien se distinguió de manera especial en aquella jornada y que, en 1887, murió en combate en la lejana isla de Ponapé, en el archipiélago de las Carolinas.

De la *Buenaventura*, Benito Francia fue transbordado el 20 de noviembre de 1875, a la corbeta *África*, una unidad que en el combate de Guetaria sufrió daños importantes, entre ellos los ocasionados por un proyectil en el camarote del médico. En ella permaneció hasta el 11 de octubre de 1876, fecha que fue destinado al apostadero de Filipinas, siendo recompensado con la Cruz al Mérito Naval con distintivo blanco en atención «a los servicios prestados en las fuerzas navales del Norte», más tarde, a la terminación de la guerra, con la Medalla de Alfonso XII.

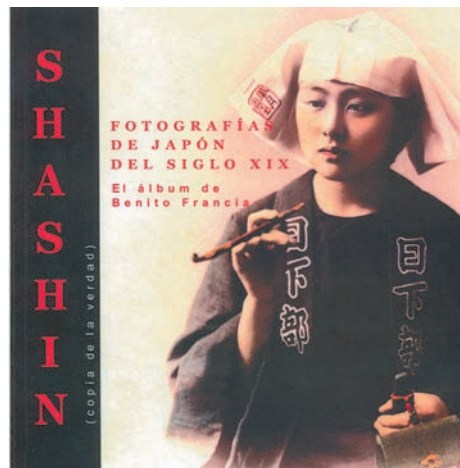
El encuentro con las Filipinas

Cuando el joven Benito Francia fue enviado al apostadero naval de las Filipinas, el número de médicos de la Armada que ocupaban destino en aquel archipiélago alcanzaba la cifra de treinta, lo que representaba un porcentaje en torno al 20 por 100 del total de miembros del Cuerpo.

En su mayoría eran jóvenes oficiales que habían elegido voluntariamente esos destinos no exentos de riesgos, el más común de los cuales era contraer una enfermedad que, en aquella época, solía dejar graves secuelas, cuando no ocasiona la muerte. Pero, además, los enfrentamientos provocados durante el proceso de ocupación de las islas y algunos levantamientos insurreccionales habían convertido a las Filipinas en el escenario en el que se habían producido el mayor número de bajas dentro del Cuerpo de Sanidad de la Armada.

El segundo médico don José Madrid murió a bordo de una falúa hospital durante las operaciones de ocupación de la isla de la Paragua, en 1851; el médico mayor don Rómulo Valdivieso fue asesinado en la noche del 20 de enero de 1872, en el arsenal de Cavite, por las fuerzas de Infantería de Marina sublevadas, y poco antes de la llegada de Francia, el segundo médico don Estanislao García Loranca había caído víctima de una emboscada que le tendieron en la isla de Patean el 5 de abril de 1874.

Por tanto, el ejercicio profesional en las Filipinas entrañaba algún peligro y requería cierto deseo de aventura, la



cual comenzaba cuando se recibía la orden de partida, ya que el viaje hasta las lejanas islas ni era empresa fácil ni estaba exento de riesgos.

Para Benito Francia todo resultó mucho más cómodo de lo esperado, ya que, después de embarcar en Barcelona el 3 de diciembre de 1876, en el vapor mercante *León*, llegó a Manila el 9 de enero de 1877, tras una navegación de treinta y seis días, cuando estaba a punto de cumplir veintitrés años. Allí permaneció tres años formando parte de las dotaciones del vapor *Patiño* y de las goletas *Sirena* y *Valiente*, aunque el destino de mayor duración fue el desempeñado en Davao, sin lugar a dudas el que dejó una huella más profunda en su ánimo.

Davao, al sur de la isla de Mindanao, disponía de una pequeña estación naval, creada por real orden de 1 de marzo de 1866, con algunas falúas de vela y una compañía disciplinaria. A este lugar fue destinado en diciembre de 1877, permaneciendo al frente de su enfermería durante todo el año siguiente. «Escondida en un prolongado seno del Pacífico, está construida sobre un extenso manglar, rodeado de espesísima vegetación y recorrida por ríos accesibles, en altas mareas, a las aguas del mar que inundan terrenos bajos y dejan al retirarse lechos infectos». Así describía a la estación el propio Francia que, frente a quienes consideraban el lugar como muy sano, señalaba que, durante su estancia, por «efecto de las abundantes lluvias, medio pueblo se convirtió en pantano y el paludismo surgió en considerables proporciones» (2).

La compañía disciplinaria, compuesta por unos 118 hombres, tuvo que dedicarse a roturar terrenos en penosas condiciones, sufriendo las consecuencias de la enfermedad, que contrajeron 73 hombres de los que fallecieron ocho. «Me acordaré siempre de aquella época —afirmaba Francia—, tres meses sin sulfato de quinina más que para las grandes solemnidades, es decir, cuando peligraba la vida de algún enfermo (...) Agregad a esto mala alimentación, mal servicio sanitario y malas condiciones higiénicas y podréis apreciar la situación del médico y de los penados». Afortunadamente, en la enfermería naval no falleció nadie, gracias en buena medida a que sus indicaciones «eran inmediatamente satisfechas por el comandante, en beneficio de los enfermos».

Con la experiencia de aquellos meses, redactó cuidadosamente una memoria: «Del paludismo. Estudio clínico sobre algunas fiebres palúdicas», que fue presentada en la sesión celebrada en el hospital de Cañacao el 20 de febrero de 1879. En sus 56 folios, de limpia caligrafía y excelente estilo, se describía el cuadro clínico de la enfermedad en sus diferentes manifestaciones, con observaciones personales del autor, una revisión sobre las teorías que, en aquellos momentos, se sustentaban acerca de su etiología, y un análisis de los posibles tratamientos, en el que desechaba diferentes remedios para insistir en la conveniencia de utilizar la quina, de la que afirmaba que «cura el paludismo

(2) FRANCIA, Benito: *Introducción a su memoria «sobre el paludismo»*. Archivo-Museo Don Álvaro de Bazán, Sección Sanidad/Memorias, leg. 2900/8.

por acción específica, aunque no sea el específico del estado palúdico». Lógicamente, no acertaba a comprender el mecanismo de la enfermedad, ya que todavía se conocía su etiopatogenia, aunque la relacionaba claramente con los terrenos pantanosos, hasta el punto de afirmar que «el paludismo es una de aquellas enfermedades que está llamada, no a desaparecer completamente, pero sí a disminuir en gran proporción, por el alejamiento de la causalidad sobre la que brota».

El trabajo de Francia llamó la atención de sus superiores, y el subinspector de la Sanidad del apostadero lo elevó al jefe superior del Cuerpo de Sanidad de la Armada, quien, como era preceptivo, lo sometió a la consideración de la Junta Superior Facultativa y Económica del Cuerpo. El informe emitido fue muy curioso, pues señalaba que era «un trabajo todo lo completo y perfecto posible, dadas las condiciones del autor», aunque matizando en relación con el mismo que, «por más que sea un aprovechado e inteligente oficial, carece todavía de los sólidos fundamentos de la práctica y experiencia para tratar cuestiones tan importantes y difíciles», a pesar de lo cual consideraban que se había hecho acreedor «a una recompensa por su aplicación, laboriosidad y conocimientos demostradas, anteriormente, en trabajos análogos» (3).

Da la impresión de que sus acertadas opiniones sobre el paludismo no eran compartidas plenamente por los miembros de la Junta, a pesar de lo cual el 18 de junio de 1879 fue recompensado con la Cruz del Mérito Naval, la segunda que recibía en sus cuatro años de permanencia en la Armada.

El 31 de enero de 1880 fue pasaportado a la Península, donde, tras disfrutar de unos meses de licencia por enfermedad, fue destinado a la fragata *Villa de Bilbao*, que tenía su base en Cádiz, a la que se incorporó el 15 de enero de 1881. Pero su estancia en esa ciudad fue muy corta, ya que, acuciado por la nostalgia de las experiencias vividas en ultramar, logró ser nuevamente destinado a las Filipinas dos meses después.

De aquella fugaz estancia en Cádiz nos ha quedado la reseña de su intervención en la sesión académica celebrada en el hospital de San Carlos el 21 de marzo de 1881, en la que presentó la memoria titulada «Unas palabras sobre el paludismo». Es evidente que sus conocimientos en torno a esta enfermedad habían tenido cierta resonancia entre sus compañeros, por lo que fue requerido para que los expusiera en una de las sesiones que se celebraban cada mes, de acuerdo con lo preceptuado. El trabajo difiere del que leyó en Cañacao e introduce novedades de gran interés sobre la composición de la sangre y el desarrollo de la enfermedad, a pesar de lo cual da la impresión de estar elaborado de forma un tanto precipitada, para atender el requerimiento que le había sido formulado en unos momentos en los que se disponía a retornar a las Filipinas.

(3) La aplicación y laboriosidad del autor eran evidentes, como demuestra el hecho de que, durante su estancia en las islas, presentó también un trabajo sobre «La úlcera atónica» y otro sobre «Ligadura de la arteria radial» en sesiones celebradas en el transcurso del año 1877.

Una nueva estancia en las islas

El regreso al archipiélago filipino fue mucho más complicado en esta ocasión, pues aunque fue destinado por una real orden de 17 de marzo de 1881, no pudo embarcar hasta el 1 de septiembre. Logró hacerlo a bordo del vapor *Barcelona*, que partió de la Ciudad Condal y llegó a Manila el 8 de octubre, tras cumplir un período de cuarentena obligatoria por haber hecho su aparición el cólera.

Tras su llegada fue destinado a la corbeta *Vencedora*, en la que embarcó el 16 de noviembre de 1881, permaneciendo en ella hasta el 4 de octubre de 1883. Durante esta etapa le llegó el ascenso a primer médico de la Armada y tuvo la oportunidad de recibir su bautismo de fuego a bordo de la *Vencedora* con motivo de las operaciones desarrolladas contra los piratas «moros», en el transcurso de la que fue conocida como «tercera expedición a Joló».

En ella participó una fuerza de 800 hombres al mando del brigadier del Ejército don Antonio Paulín, que embarcó en el crucero *Gravina*, buque insignia de la Escuadra de Operaciones, mandada por el capitán de navío don Rafael Aragón, que con el



Gravina estaba integrada, además, por los cruceros *Velasco* y *Aragón*, la corbeta *Vencedora*, la goleta *Sirena* y los cañoneros *Arayat* y *Paragua*.

Reunidos todos los buques en la rada de Joló, el 27 de octubre de 1882 se dirigieron hacia el seno de Tu-Tu, donde desembarcaron al amanecer del día 29, estableciéndose en la playa un hospital de sangre que fue encomendado a Francia. Ese mismo día se dirigieron a Pampdampangang; allí fueron incendiados varios pueblos, acción en la que participó nuestro protagonista prestando asistencia sanitaria a la fuerza de desembarco. El día 31 la escuadra salió para Boal, que también fue incendiado y donde se hizo necesario establecer un hospital de sangre que Francia atendió hasta el 3 de noviembre. Cuatro días después, todos los buques volvieron a abrir fuego contra Boal y las columnas de desembarco se vieron envueltas en intensos combates, con algunas bajas. De nuevo Benito Francia tuvo que prestar servicio tanto en la playa como en los bosques próximos (4).

(4) FRANCO CASTAÑÓN, Hermenegildo: *Los apostaderos y estaciones navales españolas en ultramar*. E.N. Bazán, Madrid, 1998, p. 127.

Las operaciones continuaron, hasta enero de 1883, en el archipiélago de Tawi-Tai, procediéndose a la ocupación de Tataán, siéndole encomendada a Francia la asistencia facultativa a las fuerzas del Ejército y a la compañía disciplinaria que les acompañaba. Aún volvió a entrar en combate el 11 de julio, en la isla de Joló, a bordo de la *Vencedora*, mereciendo ser «recomendado por sus servicios».

Que su participación en la campaña había sido brillante lo demuestra el hecho de que fuera repetidamente condecorado. Así, por real orden de 7 de marzo de 1883 le fue concedida la Cruz del Mérito Naval con distintivo rojo, por su actuación en las operaciones desarrolladas en la isla de Joló, y el capitán general del archipiélago se sirvió «darle las gracias, manifestándole su complacencia por los extraordinarios servicios prestados en Joló y rancherías próximas». Por otra parte, tras su regreso a la Península, a propuesta del ministro de Marina le fue concedido por el de la Guerra el empleo de médico mayor del Ejército «como recompensa a los méritos contraídos en Filipinas», con antigüedad de 10 de septiembre de 1886.

Al margen de los hechos de armas que dieron lugar a estos reconocimientos, Benito Francia tuvo que enfrentarse a bordo de la *Vencedora* a la epidemia colérica que azotó las Filipinas, logrando que no hubiera ningún caso entre la dotación, a pesar de «haber desempeñado delicadas comisiones en focos infestados», lo que dio lugar a que, por real orden de 3 de febrero de 1883, «le fueran dadas las gracias por su comportamiento durante el cólera en el archipiélago».

Por otra parte, sus observaciones reunidas a bordo de la *Vencedora* le sirvieron para presentar al Congreso Internacional de Higiene, celebrado en La Haya en 1884, una comunicación en la que se manifestaba a favor de «una infección independiente, telúrica o atmosférica, que da una aptitud particular a recibir el germen contagioso». Esta teoría, que por entonces ya estaba completamente superada, chocaba frontalmente con la correcta opinión de quienes defendían el carácter exclusivamente infeccioso de la epidemia, por lo que Francia señalaba: «No niego, no puedo negar el contagio, pero el contagio no es todo», insistiendo en las llamadas «causas coadyudantes» (5).

En octubre de 1883, tras desembarcar de la *Vencedora*, pasó destinado a la estación naval de la Isabela, en la isla de Basilán, donde permaneció hasta febrero de 1885. Allí, junto a sus actividades militares, se dedicó a atender a cuantas personas, indígenas o españolas, reclamaron sus servicios, sin aceptar nunca ninguna retribución, lo que le granjeó enormes simpatías entre la población, hasta el punto de que, poco después de su cese, el gobernador de la isla, al tener conocimiento de los hechos, decidió abrir información «sobre la conducta del médico de la Armada D. Benito Francia y Ponce de León, por si se hacía acreedor a alguna gracia o recompensa».

(5) Benito Francia no llegó a acudir al citado congreso, pero su comunicación apareció publicada en *Cinquième Congrès Intenational d'Hygiene et de Demographie à La Haya. Comptes rendus*, tomo I, p. 291.

El expediente instruido por el secretario del gobierno reunió los testimonios de 32 personas, las cuales hicieron constar su gratitud por el comportamiento de este oficial quien les había atendido siempre que fue requerido y les había facilitado medicamentos. Lo llamativo, a juicio del misionero del pueblo, era que la generosa actuación del médico se había dejado sentir entre todos los enfermos, pero de manera especial entre las familias más pobres y necesitadas. No es de extrañar, por lo tanto, que de resultas del expediente le fuera otorgada la encomienda de número de la Orden de Isabel la Católica, con fecha de 8 de octubre de 1886.

A pesar de la intensa actividad asistencial desarrollada durante esos años, no descuidó la presentación de las memorias reglamentarias; y así, en 1882 expuso en el hospital de Cavite su «Proyecto de un sanatorium militar», en el que abogaba por la creación en Filipinas de un establecimiento destinado a la recuperación de aquellos enfermos que, hasta ese momento, debían ser evacuados a la Península. El tema interesó y fue publicado en la *Revista General de Marina* (6). Pero mucha mayor repercusión tuvo la memoria que presentó en 1885 con el título de «Estudios sobre el cosmopolitismo humano», la cual, tras el preceptivo informe, mereció una asignación de 2.000 pesetas para que pudiera ser editada.



El hecho de que estos y otros trabajos fueran elaborados durante su permanencia en destinos incómodos viene a demostrar su capacidad de concentración y el interés demostrado hacia su profesión.

Un giro radical en su carrera

El 1 de junio de 1885, Francia dio por finalizada su segunda estancia en las Filipinas embarcando en el vapor correo *Isla de Luzón*, a bordo del cual llegó a Barcelona el 9 de julio. Allí quedó destinado «a las órdenes del señor ministro», una situación llamativa para un oficial de treinta y un años, en la que permaneció durante casi dos años.

No cabe duda de que Benito Francia era un hombre de brillante trayectoria que, al mismo tiempo, estaba dotado de una extraordinaria habilidad para moverse en el intrincado mundo de los despachos ministeriales. Aquellos meses en Madrid fueron decisivos para su futuro. Por un lado se dedicó a preparar la edición de su obra sobre el cosmopolitismo humano que, final-

(6) FRANCIA y PONCE DE LEÓN, Benito: «Proyecto de un sanatorium militar en Filipinas». *Revista General de Marina*, 1883/07 (13), pp. 13-21.

mente, apareció a mediados de 1886 (7), dedicada a los diputados en Cortes don Miguel Villanueva Gómez y don Tirso Rodríguez Sagasta, compañeros suyos de la infancia.

La obra, en la que defendía la necesidad del mestizaje para impulsar la civilización, ante la dificultad que la raza blanca había demostrado para adaptarse a ciertos climas extremos, tuvo cierto eco. Pero, ante todo, contribuyó a acrecentar el prestigio del autor que, durante su estancia en Madrid, recibió la encomienda de la Orden de Isabel la Católica y el ascenso a médico mayor del Ejército, distinciones a las que antes he hecho referencia, y fue nombrado comisario regio en la exposición que sobre las Filipinas se celebró en Madrid en 1887, una gran muestra al estilo de otras exposiciones celebradas en Europa, en las que se exhibían exóticos productos llegados desde las remotas colonias.

Por otra parte, el 24 de enero de 1887 contrajo matrimonio en la villa de Peralta (Navarra) con Genoveva Rodríguez de Arellano y Ponce de León, prima hermana suya, a la que debió de cautivar con los relatos de sus experiencias en aquel archipiélago, que se había convertido en el eje de su propia existencia. De otra forma no puede entenderse que, poco después, el joven matrimonio partiera hacia Manila para incorporarse, en teoría, a su nuevo destino en la División del Sur de las islas.

En realidad, este destino como médico de la Armada no era sino una coartada para otros de mayor importancia que le habían sido prometidos, antes de la salida de España, por sus amigos del Partido Liberal, con los que había logrado establecer unos lazos muy estrechos que iban a condicionar toda su carrera posterior.

No eran menores sus amistades en las Filipinas y, por ello, se plantea la duda acerca de las personas que, en definitiva, le impulsaron a dar ese paso decisivo desde el Cuerpo de Sanidad de la Armada hacia la política y la Administración Civil del Estado. Porque fue el gobernador general quien, el 1 de octubre de 1887, elevó al ministro de Ultramar la propuesta de su nombramiento como «gobernador civil de Mindanao», aunque el nombramiento que le fue conferido el 21 de ese mismo mes fue el de «médico inspector de Sanidad» en la Secretaría del Gobierno General, una plaza expresamente creada para él, con la categoría de jefe de administración de segunda clase.

Que los cometidos no eran exclusivamente sanitarios lo demuestra el que, poco después, fuera designado «segundo jefe de la Secretaría del Gobierno» y que la desempeñara con carácter interino durante varios meses.

Cuando el general Weyler asumió el mando, a comienzos de junio de 1888, se encontró con que su antecesor, un día antes de cesar, había destinado a Benito Francia a la Dirección General de la Administración Civil. Weyler dejó en suspenso la resolución por entender que, desde esa Dirección General, no

(7) FRANCIA Y PONCE DE LEÓN, Benito: *Apuntes para un libro. Estudios sobre el cosmopolitismo humano*. Imp. de Celestino Apaolaza, Madrid, 1886.

le iba a ser posible atender «a los deberes de 2.º jefe de la Secretaría», que era el lugar donde quería que continuara nuestro protagonista.

Pero el enérgico militar no contaba con las influencias de Francia, y no mucho tiempo después, el 29 de septiembre, llegó desde Madrid un real decreto por el que se le nombraba «inspector general de Beneficencia y Sanidad», precisamente en la Dirección General de la Administración Civil de las islas. Desde ese importante puesto tuvo que hacer frente a la epidemia de cólera que sufrió el archipiélago, en agosto de 1888, desarrollando una gran actividad que le llevó a visitar las zonas afectadas y a investigar todos los aspectos sanitarios relacionados con ella.

Es curioso comprobar cómo, a pesar de que durante aquellos meses el bacteriólogo Anacleto del Rosario llegó a aislar, en su laboratorio, el germen causal de la enfermedad, Francia seguía defendiendo la influencia que, en su propagación, tenía lo que él llamaba «la constitución médica», aunque se percatase de que «la afirmación que antecede es un atrevimiento dadas las corrientes bacteriológicas que imperan y rechazan esta aparición espontánea».

Estas observaciones aparecieron en la memoria que publicó en 1889 (8), que no fue la única escrita sobre epidemias, pues en su expediente personal se conserva otra sobre la peste bubónica (9). Ese mismo año apareció la obra *China en Filipinas*, en la que colaboró junto con Federico Urdax AVECILLA y Pablo Feced, entre otros autores, y de la que, por el momento, no he localizado ningún ejemplar (10).

Al margen de sus opiniones, más o menos acertadas, el trabajo desarrollado fue muy importante y le valió la felicitación de la reina regente y del ministro de Marina, a pesar de que, en esos momentos, dependía del de Ultramar.

En julio de 1890, Cánovas del Castillo se hizo cargo de la presidencia del Consejo de Ministros y, lógicamente, el peso político de Benito Francia comenzó a declinar, debido a su vinculación política con los liberales de Sagasta. Decidió por ello regresar a Madrid durante unos meses, para restablecerse de unos supuestos achaques hepáticos (11), pero al volver a las Filipinas logró el ascenso a jefe superior de la Administración Civil, a finales de 1893, y a médico mayor de la Armada el 3 de abril de 1895. Pero su situación había cambiado, por lo que tomó la decisión de abandonar definitivamente unas islas a las que había estado vinculado durante veinte años, a través de su actividad como médico de la Armada y como inspector

(8) FRANCIA Y PONCE DE LEÓN, Benito: *Unas palabras sobre el cólera en Filipinas. Epidemia de 1888-1889. Memoria publicada por el inspector general de Beneficencia y Sanidad...* Tipo-Litografías de Chofré y Comp.^a, Manila, 1889.

(9) *Memoria sobre la peste bubónica que ha reinado en los puertos del mar de China*. Archivo General de la Administración del Estado, sección de Ultramar, leg. 5327, n.º 16.

(10) VV.AA.: *China en Filipinas*. Manila, 1889.

(11) El 1 de abril de 1890 embarcó en el vapor-correo *San Ignacio de Loyola* con destino a Barcelona, adonde llegó el 3 de mayo. Regresó a bordo del vapor *Santo Domingo*, que zarpó de Barcelona el 19 de septiembre de 1890 y llegó a Manila el 22 de octubre.

de Sanidad al servicio de la Administración Civil, aunque su presencia se hizo sentir en otros muchos ámbitos. Eran frecuentes sus colaboraciones en *El Diario de Manila*, bajo el seudónimo de «¿Tácito?», en el que sostuvo una encendida polémica sobre los problemas que planteaban los inmigrantes asiáticos. Muchos de estos artículos aparecieron reunidos en su obra *De caña y nipa*, publicada en 1893 (12). Con el general don Julián González Parrado editó una importante obra sobre la isla de Mindanao (13) y también publicó otra de divulgación sanitaria de la que se hicieron varias ediciones (14). Por cierto que esta última obra fue objeto de una refutación aparecida en 1895 (15) que en la ficha correspondiente de la Biblioteca Nacional de Madrid es atribuida al médico homeópata don Pedro Robledo, «que vio con muy malos ojos la protección dispensada por el gobierno a la Cartilla de Benito Francia». Este se defendió de las críticas vertidas a través de un folleto publicado al año siguiente en Madrid (16).

El 26 de febrero de 1896 abandonó definitivamente Manila para disfrutar de una nueva licencia por enfermedad y restablecerse de esas molestias hepáticas que afirmaba padecer. En abril de ese mismo año regresó al servicio activo en la Armada, situación en la que continuaba en octubre de 1897, cuando se produjo el acceso de Sagasta a la Presidencia del Consejo de Ministros, lo cual tuvo una repercusión inmediata en su carrera ya que, tras ser nombrado jefe superior de la Administración Civil con carácter definitivo, le fue encomendada la Secretaría General del Gobierno de Puerto Rico, uno de los cargos más importantes de la Administración ultramarina, pasando a la situación de supernumerario en la Armada. Que aceptara ese puesto demuestra que sus problemas de salud, o no eran muy importantes o que su recuperación había sido total. Lo cierto es que el 12 de enero de 1898 pudo tomar posesión del cargo en San Juan, adonde se trasladaron, poco después, su mujer y su hijo Benito. Allí les sorprendió la guerra con Estados Unidos, en el transcurso de la cual prestó servicios extraordinarios, contribuyendo a formar, en los primeros días del conflicto, el Batallón de Tiradores de Puerto Rico, en el que se alistó como «soldado voluntario».

(12) FRANCIA, Benito: *De caña y nipa (materiales ligeros)*, por ¿Tácito? Ramírez y Comp.^a editores, Manila, 1893.

(13) FRANCIA Y PONCE DE LEÓN, Benito y GONZÁLEZ PARRADO, Julián: *Las islas Filipinas. Mindanao. Con varios documentos inéditos y un mapa*, 2 t. Imp. de la Subinspección de Infantería, La Habana, 1898.

(14) FRANCIA, Benito: *Cartilla higiénica, acompañada del conocimiento de las medicinas caseras que se usan en Filipinas*. Establecimiento Tipo-litográfico de Ramírez y Comp.^a. Manila, 1893. Fue reeditada en 1894 por Tipo-Litografía de Chofre y Cía. Con el título de *Cartilla higiénica y prontuario de algunas medicinas de uso común en Filipinas*. Se hizo otra edición en 1895.

(15) *Una cartilla higiénica del Ilmo. Sr. D. Benito Francia y Ponce de León, Inspector Gral. de Beneficencia y Sanidad de Filipinas y su refutación por un médico filipino*. Imp. de París-Manila. Pandacan, 1895. Al parecer, el pie de imprenta era simulado y fue editada realmente en Barcelona.

(16) FRANCIA Y PONCE DE LEÓN, Benito: *Vindicaciones*. Imp. de Celestino Apaolaza, Madrid, 1896.

Al término de las hostilidades fue evacuado a la Península, formando parte de aquella pléyade de funcionarios al servicio de la Administración ultramarina cuya carrera quedó definitivamente truncada. Tenía cuarenta y cuatro años y, de nuevo, la Armada fue la tabla de salvación a la que recurrió en ese momento de abatimiento.

Ascendido a subinspector de segunda clase (teniente coronel) tan solo a efectos económicos, se estableció en Peralta, aunque no olvidaba su tierra, de donde le requirieron en 1900 a fin de que escribiera un prólogo para la crónica que se iba a editar relatando el homenaje tributado en Alberite al «preclaro e ilustre riojano Excelentísimo Señor Don Práxedes Mateo Sagasta» por la Junta Directiva de la Sociedad del Fomento de la Instrucción Popular de la villa (17). Se trata de un texto muy breve en el que señalaba que el camino de la cultura conduce a la verdadera regeneración, y hacía votos para que el ejemplo de Alberite fuera seguido por otras localidades. Terminaba afirmando que entonces, con la mirada puesta en el pasado y el pensamiento en el porvenir, descansarían nuestros hijos de la fatigosa jornada y podrán exclamar: la Patria no ha muerto. ¡Bendita sea la Patria!

Poco después, el 10 de marzo de 1901, y una vez más de la mano de Sagasta, retornaba a la política como gobernador civil de Lugo, cargo que desempeñó durante doce días, siendo trasladado al gobierno civil de Orense, al frente del cual permaneció hasta el 8 de diciembre de 1902. Allí recibió una distinción inesperada la Gran Cruz del Mérito Militar, poco antes de cesar como consecuencia de la llegada al poder de los conservadores, porque aquella alternancia política del sistema imperante durante la Restauración traía consigo estas cesantías en las que todos los que habían desempeñado alguna tarea en la Administración anterior quedaban postergados a la espera de un nuevo cambio.

El matrimonio retornó a Peralta, viviendo de nuevo con su paga de la Armada. Mientras, se iban sucediendo los gobiernos conservadores hasta que, en abril de 1905, perdida toda esperanza de lograr un nuevo cargo político, aceptó el nombramiento de jefe de clínica del Hospital de Marina de Cartagena, al que se incorporó el 1 de mayo de ese año.

Poco después, de forma inesperada, llegaron al poder los liberales y, tras la toma de posesión del gabinete Montero-Ríos, el 23 de junio era nombrado gobernador civil de Tarragona. Al año siguiente, se hizo cargo del gobierno civil de Vizcaya, hasta quedar cesante en enero de 1907.

La situación se repite. Regresa a la Armada con el sueldo reducido, como correspondía a la situación de excedencia, a la espera de una nueva oportunidad, que le llega al acceder a la presidencia Segismundo Moret. El 3 de noviembre de 1909 era nombrado gobernador civil de Palencia. Sería su últi-

(17) Crónica del Certamen celebrado en Alberite (Logroño) el 10 de septiembre de 1900, dedicado al preclaro e ilustre riojano Excelentísimo Señor Don Práxedes Mateo Sagasta, con una carta-prólogo del Ilmo. Sr. D. Benito Francia y Ponce de León, por la Junta Directiva de la Sociedad del Fomento de la Instrucción Popular establecida en esta villa. Imprenta de J. Ortoneda, Logroño, 1900.

mo destino pues, a comienzos de 1910, falleció en Peralta a la temprana edad de cincuenta y seis años.

Desaparecía así un personaje destacado que fue, ante todo, un médico de la Armada, ya que, aunque una parte importante de su actividad profesional se desarrolló en el ámbito de la Administración Civil, nunca perdió su vinculación con el cuerpo en el que había ingresado muy joven y en el que forjó su carácter.

Partícipe de las inquietudes de los médicos navales de la segunda mitad del siglo XIX, su actividad intelectual se vio impulsada por la obligatoriedad de presentar anualmente aquellas Memorias en las que los miembros de la corporación exponían el estado sanitario de los hombres a su cargo y se interesaban por todos los avances experimentados por la medicina e, incluso, por las condiciones de los lejanos territorios en los que se desarrollaba su trabajo.

Benito Francia fue uno de los oficiales del Cuerpo de Sanidad de la Armada que quedaron cautivados por aquella España de ultramar a la que consagró buena parte de su vida. No fue el único, ya que entre los médicos navales de su generación fueron frecuentes los casos de quienes, movidos por su inquietud intelectual, dedicaron sus horas libres a elaborar diccionarios con las palabras utilizadas por los indígenas, reunir prontuarios con los remedios vegetales que usaban o copiar los tatuajes ceremoniales que exhibían sus enfermos en las lejanas islas de las posesiones españolas en el Pacífico, como el médico segundo D. Jesús Suevos que, además, durante su estancia en la Estación Naval de Ponapé (islas Carolinas), en 1896, pudo impresionar un importante conjunto de placas fotográficas en las que reflejó los paisajes de aquellas islas y las imágenes de sus habitantes.

No es posible eludir tampoco otra faceta de la personalidad de Benito Francia: su militancia en el Partido Liberal, que condicionó su trayectoria y orientó su carrera hacia otros derroteros en los que supo brillar a gran altura, sin olvidar nunca el cuerpo de procedencia, como les ha sucedido a todos los que tuvieron la fortuna de formar parte del mismo en algún momento de sus vidas.